

AC 12 35

Fundamentos de filosofía, guión número 13. La trayectoria de la opción de inmanencia. La trayectoria de la opción de inmanencia.

Comenzamos esta emisión basándonos en gran parte en los conceptos que el gran pensador Cardona desarrolla en su obra *Metafísica de la opción intelectual*. Parece ser universalmente admitido el nombre de Lutero en relación con el hecho de desplazar la atención del pensamiento desde el objeto mismo hacia el sujeto. Según esta afirmación, Lutero sería el padre del subjetivismo, de esa corriente que ha llegado a ser casi universal entre los ambientes contemporáneos de pensadores.

La lástima es que esta paternidad se la atribuyan al reformador religioso como si se tratase de un timbre de gloria. No parece que esta afirmación sea cierta y la prueba está en que no se puede hablar de propiedad privada en este aspecto desde el momento que la tendencia al inmanentismo está en el propio corazón humano. Si esto es así, se entiende que sea el propio hombre el que sienta una inclinación a justificar tal actitud teórica.

Sí que es cierto que Lutero arremetió contra el mundo de conceptos que tuvieran una naturaleza objetiva. Este mundo objetivo no perdió su existencia pero sí su valor. Lutero con su postura y Descartes con sus formulaciones no éticas influyeron poderosamente en los hombres de su época y desde entonces los postulados de los pensadores se anclaron no en las verdades objetivas sino en el fondo del sujeto y de su experiencia.

Afirma Cardona que esta opción hacia el inmanentismo se dio en el comienzo del filosofar humano y como tanteo religioso también en el comienzo. Pero sí es cierto que Descartes ofreció a sus contemporáneos la formulación no ética perfecta de esta opción. Por su parte, Lutero convirtió esta tendencia en una perfecta formulación religiosa, es decir, teológico-espiritual.

Por el mismo camino pero mucho más lejos han llegado el modernismo y el neomodernismo. El Dios revelado de Lutero y el Cristo de la fe de lo allí son un Dios para mí, según mis sentimientos, que se adecúa a mis necesidades. El Dios en sí es para los aristotélicos, aseguraba Lutero.

A la consideración de Dios en sí, *Für sich*, de toda la teología cristiana anterior, desde los padres apologistas, Lutero sustituyó el Dios para nosotros, *Für uns*. Esto lleva el germen de la desmitificación de Bultmann. Por eso no es de extrañar que las principales figuras de la filosofía o de la inmanencia se hayan dado entre los protestantes.

Cuando un filósofo católico se sumerge ingenuamente en la temporalidad y se hunde en la interioridad vacía de la conciencia, acaba asumiendo incautamente las categorías de la filosofía de la inmanencia. El Cogito de Descartes. Es conocido el punto de partida que eligió Descartes para arrancar su filosofía.

El Cogito, que es el principio más descarnado de la opción de la inmanencia. Nunca podremos conocer la expansión, el alcance de esta verdad cartesiana como verdad primera. En efecto, si la duda afecta a todo objeto de conocimiento, a todo contenido de conciencia, la duda afecta también a mi propio ser, a no ser que mi ser sea idéntico a mi acto de conciencia.

Es decir, a no ser que yo sea sólo en cuanto a consciente. Una vez que está mi ser comprometido de tal manera, en cuanto distinto de mi propio acto de conciencia, queda inmediatamente comprometido el ser de Dios, desde el momento que Dios es algo distinto de mi autoconciencia. En contra de esta conclusión, afirma Descartes, cuando me veo dudar o ser algo incompleto y dependiente, se presenta en mí la idea clara y distinta del ente independiente y completo, esto es, Dios.

Y sólo de que esta idea esté en mí, o de que yo, que tengo esta idea, exista, manifiestamente concluyo que Dios existe también, y que en cada momento de Él depende mi existencia, de modo que confío en que nada más evidente, nada más cierto, pueda ser conocido por el ingenio humano. Hasta tal punto la teoría cartesiana hace depender la existencia de Dios de la existencia de quien lo piensa. Es el enorme error de hacer de la propia subjetividad el fundamento de todo, también el fundamento de la verdad y del bien.

El cógito cartesiano empieza en la primera duda radical y voluntaria, duda que en un principio es sólo metódica y que llega a convertirse en constitutiva. Consecuencias del cógito. El curso de la filosofía, a partir de Descartes, será el convertir el ser en la actividad humana, hacer el pensar, creación.

Las diversas etapas pueden reducirse a éstas. Uno. El ser es lo que puede ser.

Nominalismo de Suárez. Dos. El ser es lo que puede ser conocido.

Descartes, Hume. Tres. El ser es lo que puede ser pensado.

Spinoza, Fichte, Hegel. Cuatro. El ser es lo que puede ser hecho.

Feuerbach, Marx, Engels. Cinco. El ser es lo que es hecho ser.

Nietzsche, Jaspers, Heidegger, Sartre. El fundamento del ser, como puede deducirse, está situado en la conciencia, entendiendo conciencia como el sujeto cognoscente, mediante la duda voluntaria. Aparece, entonces, el desesperado esfuerzo del creyente para no perder a Dios.

El racionalismo, empirismo, criticismo, idealismo, positivismo, materialismo, serán hitos históricos de la energía contenida en el cógito. Ninguna de estas corrientes filosóficas son capaces de trascender el propio acto del conocimiento. La razón es que todas ellas están ancladas en la duda radical.

Pero aún hay algo más derrocador. El acto del cógito, como todo acto, es un puro devenir. Es

algo momentáneo.

Una vez acabado, hay que aferrarse a la potencia. El hombre desaparece y queda una ecuación. Pensamiento igual a verdad.

Lo verdadero es la totalidad de todos los pensamientos. El hombre es incapaz de producir ninguna. Ha de limitarse a contemplarla, a decir que no a todo lo que no es verdadero.

Opina Sartre que en Descartes se encuentra ya la negatividad hegeliana e incluso la soledad del hombre de Heidegger. El verdadero paso lo dio Spinoza, que empezó como mero comentador de Sartre, pero que llega a ser el más coherente iniciador del pensamiento moderno. Su influjo ha penetrado las filosofías más diversas que han llegado a una solución irrescensible, sin escapatoria, como afirmará Cardona.

La unidad del ser en la absoluta inmanencia. Es decir, hay una mutua pertenencia del hombre a la naturaleza y de la naturaleza al hombre. El principio de la filosofía de la inmanencia es la unidad del ser como ser de conciencia.

Demolición del orden sobrenatural. Podrá creerse a primera vista que con este principio era el hombre absorbido por Dios. En el fondo ocurre todo lo contrario.

Dios queda absorbido por el hombre, puesto que es el hombre la conciencia que lo piensa. No puede menos de quedar arrasado poco a poco el orden sobrenatural. Los primeros filósofos que mantuvieron este principio no fueron declaradamente ateos, ni ellos mismos se llegaron a dar cuenta de las últimas consecuencias de su principio imanentista.

Hasta Feuerbach no aparece una neta profesión de ateísmo, pero ya Spinoza empieza a ser consciente de que dentro de su filosofía hay una negación de lo religioso, sobre todo en la parte que pertenece a la religión revelada. El teísmo de toda esta época, el de Hobbes, Descartes y Spinoza, presenta notables grietas que son preludio de lo que poco más tarde sería verdadera destrucción. Una filosofía basada en el sensismo materialista es forzosamente arma que va eliminando todo espiritualismo.

La metafísica es un quehacer imposible. La religión aparece como conciencia humana de la propia impotencia. Lo que ocupa en realidad el primer plano es el hombre.

Desplazado el centro de interés de donde estaba colocado en el ser trascendente, las filosofías se hacen antropocéntricas en vez de teocéntricas, que es el verdadero plano donde puede escaparse el pensador de la cárcel del sensismo. Cuando el filósofo, como Locke, llega a la conclusión de que la única realidad que el hombre es capaz de alcanzar es la que le proporcionan los sentidos, es decir, el mundo material, todo lo demás es necesariamente no esencia. De este callejón sin salida surge el escepticismo de Hume.

El razonamiento es fácil. Si la existencia de las cosas que producen nuestras sensaciones sólo está garantizada por el principio de causalidad, y éste, por su parte, no tiene nada que lo

garantice, es decir, no tiene ninguna explicación ni justificación filosófica, toda la experiencia sensible pierde su sentido, puesto que se justifica con un principio que no es sensible. Favreau llama a todo este proceso la cadencia atea del cógito, porque una vez iniciado el principio, tiene que seguir de modo implacable su destino.

Nuevos pasos en la evolución del cógito. Como hemos dicho, Feuerbach marca un paso decisivo en la expulsión de Dios del mundo moderno. Él parte de Hegel y las conclusiones a las que llega no pueden considerarse como un hecho aislado, sino que el mundo se hace eco de ellas, por una parte, y por otra, las lleva a consecuencias más avanzadas, hasta tal punto que resellan una cultura y una civilización entera.

Carlos Favreau dice que es algo semejante a lo que ocurre al abrirse un tronco vacío y corroído. Feuerbach descubre, en efecto, que todo lo que Hegel descubre de Dios es algo que, en realidad, le corresponde al hombre, al género humano y a su autoconciencia. La conciencia de Dios es la autoconciencia del hombre.

El conocimiento de Dios es el autoconocimiento del hombre, afirma Feuerbach. El ateísmo materialista de Feuerbach y el materialismo dialéctico de Marx recogen la herencia de los principios hegelianos. Una variante desquiciada y dolorosa del principio de inmanencia será la del existencialismo de Jaspers y Heidegger.

El existencialismo es un testimonio trágico de la contradicción que lleva en sus entrañas el principio de inmanencia. Es testigo también de la herida profunda que el principio inmanentista produce en el alma de la metafísica. Heidegger denunció con una gran intuición la pérdida del ser.

La inmanencia no le permitió encontrarlo. Y lo que es más dramático es la ruptura del hombre y del filósofo. Las conclusiones ateas que latían en el inmanentismo son recogidas por todos los demás existencialistas como Sartre, Camus...